



#37

Noviembre 2022

El ejercicio del **pensar**

Filosofía,
historia y toma
de partido:
Wenceslao
Roces

PRIMERA PARTE

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Herencias
y perspectivas
del marxismo**



CLACSO

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Fernanda Isabel González Carbajal
Diana Alejandra Méndez Rojas
Wenceslao Roces

Roces, Wenceslao. El ejercicio del pensar no. 37 : filosofía, historia y toma de partido: Wenceslao Rocés / Wenceslao Rocés ; Fernanda Isabel González Carbajal ; Diana Alejandra Méndez Rojas ; coordinación general de María Elvira Concheiro Bórquez ; editado por Jaime Ortega Reyna. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2022.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-389-8

1. Marxismo. 2. Materialismo. 3. Filosofía Clásica. I. González Carbajal, Fernanda Isabel. II. Méndez Rojas, Diana Alejandra. III. Concheiro Bórquez, María Elvira, coord. IV. Ortega Reyna, Jaime, ed. V. Título.

CDD 320.5322



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik.

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> |

<www.clacso.org>

Coordinadora

María Elvira Concheiro Bórquez

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

Universidad Nacional Autónoma de México

elvira.concheiro@gmail.com

Editor

Jaime Ortega Reyna

gtmarxismo@gmail.com

Coordinadoras del Dossier

Fernanda Isabel González Carbajal

Diana Alejandra Méndez Rojas

Facebook

<https://www.facebook.com/Herencias-y-perspectivas-del-Marxismo-Gt-Clacso-159187474621120>

Nuestro boletín se titula **El ejercicio del pensar** en honor a **Fernando Martínez Heredia** (1939-2017), marxista cubano, caribeño y latinoamericanista.



Contenido

5 **Presentación**

Fernanda Isabel González Carbajal
Diana Alejandra Méndez Rojas**

10 **Reseña**

El libro del Embajador Davies.
Un amigo sincero de la U.R.S.S.

Wenceslao Roces

16 **La lucha por la paz y la liberación de España**

Wenceslao Roces

28 **Reseña**

Vladímir I. Lenin. *Materialismo y empiriocriticismo*

Wenceslao Roces

34 **Reseña**

Georg Lukács. *Existencialisme ou marxisme?*

Wenceslao Roces

41 **El marxismo, humanismo de nuestra época**

Nota sobre la conferencia de Wenceslao Roces

Presentación

Fernanda Isabel González Carbajal*
Diana Alejandra Méndez Rojas**

Este año, 2022, se cumplen tres décadas de la partida de Wenceslao Roces (1897-1992), quien en 1934 publicó por editorial Cenit la traducción al español de la obra magna de Karl Marx, *El Capital*. Un acontecimiento político y cultural que sólo con el paso del tiempo se ha calibrado en toda su importancia. A la figura de Roces dedicamos esta edición del boletín, con la intención de destacar su compromiso político, filosófico e histórico. La selección del material que presentamos es resultado de la colaboración entre el Grupo de Trabajo “Herencias y perspectivas del marxismo” y del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), ubicado en la Ciudad de México. A lo largo de casi cuatro décadas, el CEMOS ha contribuido al estudio del legado de las izquierdas en México, así como al fomento del conocimiento sobre la acumulación teórica alrededor de los combates por sociedades más justas e igualitarias; convicciones que hacen converger la actividad del centro con los propósitos del Grupo de Trabajo.

El nombre de Roces es bien conocido por su labor como traductor en el mundo hispanohablante. La lista de obras que legó al idioma español

* Invitada a coordinar este dossier por el Grupo de Trabajo CLACSO Herencias y perspectivas del marxismo. Investigadora asociada del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista.

** Invitada a coordinar este dossier por el Grupo de Trabajo CLACSO Herencias y perspectivas del marxismo. Investigadora asociada del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista.

es larga y selecta, además de Marx y Wilhelm F. Hegel tradujo a otros autores de la filosofía clásica alemana y a historiadores críticos del positivismo. En el ámbito mexicano, también se recuerda a Roces como un dedicado y esmerado profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Con propiedad, puede señalarse que fue el *maestro* de incontables generaciones, con las cuales leyó, estudió y discutió obras como el *Manifiesto Comunista* o *El Capital*, a la vez que profundizó en la historia de Roma y Grecia desde la perspectiva del materialismo histórico. Su magisterio fue homenajeado en vida y hoy día es recordado con cariño.

El estudio de su figura nos remite al torbellino de la historia de las primeras décadas del siglo XX, marcado por el ascenso de la crisis mundial de la década de 1930, particularmente por los eventos europeos que precipitaron tanto la Guerra Civil española como la Segunda Gran Guerra. Las vivencias de Roces en ambos acontecimientos revelan una identidad de época: la adscripción al comunismo como corriente histórica y promotora de la liberación de los pueblos, la construcción de una República para el Estado español y la defensa irrestricta de la Revolución de octubre que se cristalizó en el apoyo a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). La militancia comunista de Roces es un dato inicial para entender su posición en el drama del siglo XX, que lo llevó a ser apresado y luego expulsado, por primera vez, de su patria. Tras la derrota del bando republicano, nuevamente tuvo que buscar refugio, encontrando en Santiago de Chile y La Habana una breve acogida. A partir de 1942, se instaló en México, sitio que le permitió forjar una sólida carrera intelectual vinculada con el compromiso político anti-franquista, llegando a consagrarse como una referencia ineludible de la vida en la alta cultura.

En este país, Roces continuó su trayectoria comunista. Destacó por su protagónica presencia en los congresos por la Paz en el decenio de 1950. Que acompañó con la lucha por liberar a España del yugo franquista, pues aún lejos de este territorio, continuó siendo uno de sus más importantes combatientes. Como bien recuerda Gabriel Vargas Lozano (1983), Roces participó activamente en la construcción del sindicalismo universitario en la década de 1970. Esta deriva de su acción permitió al

traductor de los grandes filósofos de la modernidad y veterano de múltiples pugnas confirmarse como un esforzado militante sindical de base, interesado por las formas de comunicación de la organización gremial ante la sociedad.

Por aquellos años, Roces dedicó sendos discursos a personalidades de la talla de Lázaro Cárdenas y Pablo Neruda, ante los cuales rindió homenaje en el momento de su muerte.¹ Además de ello, fue un orador central en el magno homenaje a Marx que se celebró en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México en 1983. Se constata, así, que Roces fue un militante comprometido con su tiempo y con las causas que siempre consideró justas. En este sentido son elocuentes sus palabras al referirse a su concepción del marxismo:

El marxismo es un instrumento de trabajo, no un distintivo para colgárselo en la solapa; de esos ya hay muchos, no sirven para nada, es una herramienta para trabajar, para actuar y para cumplir con el deber elemental de todo hombre medianamente enterado de las cosas, que es el contribuir a ese proceso tan profundo, tan difícil pero tan necesario, que es en México la revolución.

El marxista que no es más que marxista, que no sabe más que marxismo, no es marxista ni sabe nada de nada. El marxismo tiene que interesarse por todo, abrirse a todo y con una gran generosidad, con un gran entusiasmo, sin ver por todas partes sectarios y dogmáticos (Vargas Lozano Gabriel, 1983, p. 259).

A pesar de su multifacética producción, no se cuenta con un volumen preparado por una editorial académica que reúna la obra de Roces. Por ejemplo, sus discursos sobre Vladimir I. Lenin y temas universitarios han circulado en formatos de un carácter militante. El resto de su producción se encuentra dispersa en las páginas de revistas y periódicos de España, México y Cuba. Esta constelación es evidencia de una producción comprometida no con una carrera académica, sino con un ideal político. A manera de honrar a Roces, este boletín reúne algunas piezas

1 Una selección de sus discursos está próxima a aparecer bajo el sello editorial del CEMOS.

de su autoría, en el buen ánimo de contribuir a la reconstrucción de una perspectiva de totalidad sobre su trayectoria. Nuestro propósito no ha sido consignar la obra completa de Roces, antes bien, hemos procurado dar cuenta de material albergado en el CEMOS, para con ello incentivar la investigación sobre su biografía intelectual utilizando la documentación del centro.

Este boletín reúne ocho textos de muy diverso calado. Se incluyen reseñas, discursos, homenajes, una entrevista y una nota periodística. El lector encontrará las recensiones de Roces a Lenin y Georg Lukács, su posición en favor de la paz, su respaldo a la onda expansiva de la Revolución de octubre, su interpretación histórica sobre la independencia española, así como una larga y amena entrevista. También reproducimos una nota aparecida en el periódico de los comunistas españoles en México, *España Popular*, que describe la conferencia de Roces sobre el vínculo entre marxismo y humanismo.

Las piezas que recoge el boletín, corresponden a una faceta de Roces en la que es perceptible su admiración por la URSS y las figuras al mando de aquel Estado, durante los años de enfrentamiento con la amenaza fascista. Se trató de procesos complejos que no resisten a explicaciones simplificadas entre dos bandos. El conocimiento de estos acontecimientos ha mostrado que la conformación del mundo moderno estuvo atravesada por grandes contradicciones y dilemas, ante los cuales los individuos del momento debieron posicionarse. Como se descubre en estas páginas, Roces defendió la *toma de partido*, sin medias tintas ni dudas, con pasión y entrega total. Su compromiso fue real y militante.

Este simbólico homenaje es resultado de la suma de voluntades igualmente entusiastas. Mención especial merece el empeño de la Dra. María Elena Álvarez-Buylla por alentar el estudio crítico y reivindicar la congruencia de posturas. Al Mtro. Gabriel Vargas Lozano agradecemos la autorización para reproducir su diálogo con Roces, esta disposición es consecuente con su interés por examinar la obra del marxista como un punto nodal de la trayectoria de esta corriente en México. Finalmente, expresamos nuestra gratitud al Mtro. Víctor Hugo Pacheco Chávez,

director ejecutivo del CEMOS, por apoyar esta labor de vinculación que expresa la responsabilidad del centro para con la sociedad. Como parte del equipo del CEMOS, reconocemos la solidaria colaboración de Heber Paniagua para la transcripción de algunos de los escritos que conforman el boletín.

BIBLIOGRAFÍA

Vargas Lozano, Gabriel. 1983. Entrevista exclusiva de Wenceslao Roces a Dialéctica. *Dialéctica*, No. 14-15: 235-259.

Reseña

El libro del Embajador Davies. Un amigo sincero de la U.R.S.S.¹

Wenceslao Roces

“Mission to Moscow”, el libro de Joseph E. Davies, Embajador de los EE. UU. en Moscú, desde noviembre de 36 hasta junio del 38, está encontrando también en lengua española la acogida y el éxito con que fue saludada la aparición de la edición inglesa original y que corresponde a la importancia verdaderamente histórica de este documento. No hace mucho vio la luz, aquí en México, la versión española de esta obra, titulada: “Misión en Moscú”, publicada con todo esmero por la Editorial “Nuevo Mundo”. Este, además, otra edición española, hecha en Buenos Aires.

Mr. Davies, no tiene nada de comunista. Es, por la clase a que pertenece, por su formación cultural y por su personalidad representativa, un exponente caracterizado del capitalismo norteamericano. Desde los tiempos de Wilson, ocupó puestos de gran importancia en la Administración Pública y en el apartado de la industria y las finanzas de su país. Fue consejero y abogado de diversas corporaciones industriales y bancarias.

¹ *Nuestra Bandera*, Año 03, No. 04, 1942, pp. 56-58.

Amigo personal del Presidente Roosevelt, fue designado por este para el importante cargo de Embajador en la U.R.S.S a fines de 1936.

En su primera entrevista con el Presidente Kalinín, Mr. Davies reitera sinceramente su personalidad y su mentalidad: “Soy —le dijo— un capitalista, que se siente con orgullo de ese nombre”. Y más tarde, hablando con el camarada Stalin: “Creí necesario insistir en que mis puntos de vista eran los de un capitalista convencido”. A lo que el camarada Stalin repuso, con franca risa: “Sí, sí, la cosa es clara; no hace falta insistir en ello”.

Esta personalidad del autor es precisamente la que da a su libro la fuerza de convicción de un testimonio que nadie podrá recusar como teñido por ningún prejuicio ideológico.

Hubo un tiempo en que la burguesía era una clase ascensional, asociada al progreso de la historia. Las tradiciones liberales de objetividad, de respeto a los hechos y a las fuerzas del progreso, cimentadas en aquella época, se mantienen vivas hasta cierto punto en los mejores hombres y en los sectores más conscientes de la burguesía antihitleriana. Y hoy, las exigencias de la lucha contra la barbarie fascista, reavivan aquellas tradiciones, proyectadas con características nuevas sobre una situación histórica fundamentalmente distinta. Sobre una situación en que las fuerzas de la burguesía democrática tienen que asociarse, si no quieren perecer con la gran fuerza progresiva de nuestros días, con el proletariado, con todos los pueblos y con el gran Estado proletario del mundo, con la Unión Soviética, para aplastar al enemigo común y dejar expedito el camino al provenir de la humanidad.

A lo largo de todas las páginas resplandece el gran mérito de la obra y su autor: “el esfuerzo —para decirlo con palabras de su propio prólogo— por presentar objetiva y desapasionadamente los hechos”; la convicción de que “cuando los hechos se presentan concretamente, las conclusiones se desprenden por sí mismas y apenas necesitan de argumentación”. Este amor por los hechos, por la verdad fue lo que, por encima de discrepancias ideológicas le gana a Mr. Davies la estimación y el respeto de los

grandes dirigentes de la U.R.S.S. Lo dijo de él Lilvinof, en un discurso de despedida: “Mr. Davies, ha demostrado ser digno de la tarea para que se le nombró. Vio, estudió, observó, sin ahorrarse fatigas”. Esa es la amistad a que ha aspirado siempre la U.R.S.S. con el resto del mundo. La amistad a que aspira el fuerte, firme en su justicia y en su razón: “una amistad nacida del conocimiento y de la verdad, sin insinceridades ni hipocresías”. Por eso el libro de Mr. Davies es el libro de un amigo de la U.R.S.S. Y, en su actuación posterior, el autor ha sabido hacer honor a él, militando incansablemente con su pluma, con su voz, con su influencia y autoridad entre los primeros propagandistas y organizadores de la ayuda de la gran democracia norteamericana al glorioso Ejército Rojo y al heroico pueblo soviético.

Davies llegó a Moscú pocos días antes de que el compañero Stalin pronunciara ante el VI Congreso de los Sóviets su maravilloso discurso sobre la nueva Constitución soviética. Pero ya el nazifascismo, alentado y nutrido por las fuerzas de la reacción mundial, afilaba las armas para anegar en ríos de sangre los frutos de democracia proletaria y de bienestar humano que empezaban a dar los años de epopeya revolucionaria y de esfuerzos gigantescos de construcción socialista, que la nueva Constitución había de garantizar. Y, antes de lanzar a campo abierto las legiones de la destrucción, iba montando sigilosa y pérfidamente en todos los países las falanges interiores de la traición, que en nuestra España se habían levantado ya.

Las páginas del libro de Davies sobre los procesos de Moscú contra los traidores a la Patria Soviética son de las más importantes de la obra. Quienes todavía hoy, a pesar de las enseñanzas sangrantes de España y de Francia, siguen considerando el trotskismo como una corriente ideológica “ultrarrevolucionaria”, el relato desapasionado de Davies — testigo de mayor excepción de los procesos — es extraordinariamente aleccionador. El trotskismo era en la U.R.S.S., como lo fue en España, como lo es en todas partes, el gran pivote contrarrevolucionario utilizado por el fascismo, en asquerosa complicidad, para dividir con su demagogia las fuerzas del movimiento obrero y de los pueblos y crear uno de los focos principales de la agresión interior. En España, para secundar

traidoramente a la Falange, como su brazo infame en el campo republicano. En la U.R.S.S., para sabotear la Revolución de octubre y preparar el terreno a los opresores de la patria soviética. Pero la vigilancia y la energía bolchevique supieron aplastar a tiempo y concienzudamente el nido de víboras de la traición. Y, gracias a eso, la Unión Soviética, entre sacrificios indecibles, pero sin traidores ni quintacolumnistas, ha podido asombrar al mundo con una resistencia sin precedente y ser hoy el cimiento incommovible de la gran coalición de las fuerzas de la democracia y el baluarte más firme para la victoria segura de las libertades del mundo.

Cuando Davies asistió a los procesos de Moscú, pudo convencerse, de la culpabilidad monstruosa de los acusados, traidores a su patria y de la justiciera firmeza del Estado Soviético. Pero fue más de cinco años después, al producirse la bestial agresión del nazifascismo contra la U.R.S.S., cuando comprendió del todo el alcance espantoso de aquel complot criminal y la eficacia salvadora que para la U.R.S.S. y para la humanidad toda tuvo el aplastamiento de la traición. En junio de 1941, sólo tres días después de desencadenar Hitler la que soñó Blitzkrieg contra la nación soviética, al final de una conferencia dada en los EE. UU. en apoyo de la U.R.S.S., alguien le preguntó: “Qué nos dice Ud. de la Quinta Columna en Rusia” “No existe —contestó Davies—. Supieron fusilarla a su debido tiempo”. En aquellos focos repugnantes de traición extirpados por el brazo de hierro de los Sóviets se revelaba por vez primera, la técnica nazi de que más tarde habían de surgir, con mejor fortuna, por no hallarse dentro del radio de acción de la justicia soviética, los Heinlein y los Quisling, los Tisos y los Degrelle, los Pétains los Laval, los Marceau Pivert y los Gorkín. “Todos aquellos procesos, limpios y liquidaciones, que en su día promovieron tal clamor mundial, están hoy —dice Davies— perfectamente claras, como parte de los vigorosos y resueltos esfuerzos del Gobierno soviético para defenderse contra la agresión del exterior. Supieron poner manos a la obra para limpiar concienzudamente todos los elementos de traición emboscados dentro del país. La depuración limpió al país y lo salvó de la traición”. El pronóstico de Troyanovski, a la sazón Embajador de la U.R.S.S. en Washington, formulado al propio Davies a raíz del fusilamiento del traidor Tujachevski, ha sido confirmado por la

realidad: “Son medidas indispensables para defender a la U.R.S.S. contra Alemania, algún día los otros países de darán cuenta de ello”.

El libro de Davies es, además, un documento importantísimo para enjuiciar la situación internacional en los años ignominiosos de preparación de la guerra de agresión del nazifascismo y la política infame de estímulo a los agresores y de aislamiento de Chamberlain, Laval y Bonnet. Desde la atalaya de Moscú, recogiendo y testimoniando fielmente, con una objetividad y una sensibilidad a la que hay que hacer honor, los esfuerzos gigantescos de la U.R.S.S. por salvaguardar la paz en una línea consecuente de lucha contra el agresor, el Embajador Roosevelt no se cansa de llamar la atención de su Gobierno hacia los peligros de la política criminal que había de desembocar en la infame capitulación de Munich: “Rusia —escribe Davies, en abril de 1938— podría ser un poderoso baluarte para la defensa de la paz mundial. Pero las democracias europeas parecen echarse deliberadamente en brazos del fascismo, cooperando con él al esfuerzo de aislar del resto del mundo, y especialmente de Inglaterra y de Francia, a esta gran potencia”.

No es Mr. Davies, naturalmente, un devoto ni mucho menos un convencido del régimen social instaurado en la U.R.S.S. ni de la sociedad comunista. Hay en sus páginas, como es lógico, no pocas reservas y objeciones —por lo común, bastante superficiales— de tipo ideológico y doctrinal. Huelga decir que no son éstos los elementos de juicio y de información que los comunistas debemos ir a buscar a libros, de esta clase. Ni los defectos que nosotros podemos advertir, desde este punto de vista, en la obra de Davies, le restan el menor mérito en aquello a que esta obra pretende ser una contribución objetiva, documental, a la valorización de la Unión Soviética como factor fundamental del progreso del mundo. Un reconocimiento sincero —hecho por un capitalista demócrata del papel de la vanguardia de la U.R.S.S. en la lucha contra Hitler, durante los años inmediatamente anteriores a la guerra. Y un testimonio irrecusable del respeto, la admiración y la ayuda a que la Unión Soviética y sus grandes dirigentes son acreedores, por parte de todos los hombres y países democráticos del mundo, cualesquiera que su ideología y sus concepciones políticas puedan ser.

En el último asiento de su diario, Mr. Davies proclama su fe inquebrantable en la resistencia victoriosa de la Unión Soviética y en la lealtad de los bolcheviques a sus compromisos. Pero la causa por la que la U.R.S.S. derrama hoy torrentes de sangre no es el patrimonio exclusivo suyo. Es la causa de la libertad y del porvenir del mundo entero. La histórica entrevista Stalin-Churchill-Harrman en el Kremlin soviético viene a corroborar que los máximos dirigentes de las Naciones Unidas tienen la conciencia firme de esto. Y los pueblos todos del mundo esperan que, conjugándose el titánico esfuerzo militar de la U.R.S.S. con el de las otras grandes potencias aliadas suyas, podemos pasar pronto de la resistencia invencible a la ruta clara y segura, aunque erizada de sacrificios para todos, por la que hemos de conquistar; luchando, la victoria sobre la barbarie nazifascista.

La lucha por la paz y la liberación de España¹

Wenceslao Roces

No creemos que pueda haber para los intelectuales y los hombres de la cultura atentos a los destinos del mundo, como, en general, para el hombre de hoy, deber más apremiante que el de la lucha de los pueblos por la paz contra las fuerzas imperialistas, maquinadoras de una guerra de agresión. Del desenlace victorioso de esta lucha, ya empeñada a fondo, dependen, con la vida y la suerte enteras de la humanidad, las de la cultura.

Dependen, ya desde hoy, la función de la cultura y de la ciencia y la misión del intelectual. Las potencias instigadoras de la guerra, en el campo del imperialismo gobernado por los grandes trusts, tienden sistemáticamente a colocar esas fuerzas creadoras al servicio de la guerra y de la propaganda de ella. Los intelectuales más conscientes y más progresivos se rebelan contra esta servidumbre, que representa la negación misma de la cultura y de su porvenir; unen certeramente, sus esfuerzos a la lucha e las fuerzas del socialismo, de la auténtica democracia y de los pueblos y a la de la cultura y la intelectualidad específicas de esas fuerzas.

La lucha por la paz no es, en el mundo de hoy, otra cosa que la constitución, bajo nuevas condiciones y modalidades, de la gigantesca batalla

¹ *Nuestro Tiempo*, Año 01, No. 01, 1949, pp. 24-29.

sostenida por la humanidad y sus fuerzas de progreso contra el fascismo y los poderes de la reacción internacional que lo auparon al poder y lo alentaron en su dominación. Quienes, de mala gana, empujados sobre todo por el espectro de la concurrencia, aceptaron la guerra contra Hitler, toman ahora, desafortadamente, la iniciativa en la maquinaria de una pretendida guerra agresiva contra quienes garantizados el aplastamiento del nazismo: contra la Unión Soviética, las nuevas democracias y los pueblos todos. La violación por los gobiernos yanqui-británico de los acuerdos de Yalta, Postdam y San Francisco, que garantizaban la colaboración de las naciones después de la victoria sobre el fascismo, ha venido a rubricar la división del mundo en los dos grandes campos políticos de la democracia y el imperialismo, magistralmente señalando y analizado por Jdanov, en su informe de septiembre de 1947.

La previsión certera de este gran dirigente está viéndose confirmada por la realidad. Las fuerzas del campo democrático cobran conciencia de su poderío; se organizan y luchan, seguras de que, poniendo en activo su gigantesco potencial, la victoria, garantizada por ellas, será la humanidad.

Luchan las fuerzas del socialismo, de la democracia y de los pueblos por el gran objetivo que, hoy, lo condiciona y lo decide todo: la paz democrática, firmemente asentada sobre la victoria impuesta al fascismo. Y en esta lucha, de la que son espina dorsal, con la potencia invencible de la U.R.S.S y el creciente poder de las nuevas democracias, la clase obrera y sus partidos y organizaciones, ocupan un lugar prominente los intelectuales progresivos de todos los países.

Quienes fueron a la guerra pasad, no para eliminar del mundo al fascismo, sino simplemente para desembarazarse de un peligroso competidor de las lides de intereses imperialistas, querrían que todos los sacrificios y sufrimientos de los pueblos hubiesen sido en vano, o, mejor aún, puntuales para afianza su régimen tambaleante. Se consideran defraudados ante la marcha de las cosas. Sueñan, incluso, con restar sobre nuevas bases el régimen fascista, recogen cuidadosamente y tratan de ensamblar a su propio servicio los restos de irremediable naufragio. Arropan y

alientan a los generales, “caudillos”, industriales y cabos de vara del fascismo arrojados por la tormenta a las playas del imperialismo y ansioso de preparar la “revancha” bajo los nuevos amos. Se apropian descaradamente las desgarradas banderas ideológicas de Hitler. Y agitan también sin el menor recato, escandalosamente, como arma de intimidación y de terror contra un mundo que apenas empieza reponerse de la última matanza desencadenada por el fascismo, lo que es la suprema ratio de los grandes enemigos de la humanidad, cuando la crisis insuperable de su régimen les cierra los horizontes la amenaza, la maquinación y la sistemática preparación de una guerra de exterminio.

Pero, esta guerra, cuya psicosis atiza diariamente y en cuya preparación técnica laboran sin descanso los círculos imperialistas —¿para qué, sino, el llamado Bloque Occidental, para qué el Pacto del Atlántico? — no es solamente la más tremenda de las amenazas contra la vida misma de la humanidad: es ya, hoy, una pavorosa realidad, que pesa desastrosamente sobre la suerte del mundo. La política de guerra, criminalmente sostenida por el imperialismo representa ya, en la actualidad, una carga de desastres y de miseria para los pueblos encadenados a ella. Les impide consagrar sus mejores energías a las grandes tareas de reconstrucción, de progreso, de bienestar y de cultura planteada por el triunfo sobre el fascismo. Representa para los grandes magnates monopolistas fabulosas ganancias, pero impide a las naciones situadas en el campo de la dominación imperialista o dentro de su zona de influencia el hambre, la miseria y la ruina. Y, en el terreno de las instituciones, atentados cada vez más descubiertos contra la soberanía y la independencia de los países débiles, convertidos en tributarios de la gran potencia imperialista, los “administradores” de cuya ayuda vienen a ocupar así, dentro de esos países sojuzgados por el hambre, la prepotente posición de los *gauleiters* o procónsules del fascismo.

Por eso, el camino de la lucha por la paz es hoy el camino de la lucha por la democracia y el camino de la lucha por la democracia y por los vitales de intereses de los pueblos. En la encrucijada de los grandes y decisivos caminos del mundo de hoy y hacia el mundo del mañana. Para las fuerzas criminales instigadoras de la guerra, la maquinación de ésta,

el sostenimiento y la incubación de un clima de guerra por todos los medios de la propaganda sincronizada desde los grandes trusts y del terror policiaco de marchamo fascista, son el apuntalamiento de un régimen social que se derrumba. Para los pueblos y para todas las fuerzas de progreso de la humanidad, la defensa de la paz es la afirmación, de su seguridad combatiente y activa en el futuro.

Para nosotros, españoles, la lucha por la paz se halla indisolublemente unida, hoy, a la lucha por la liberación de España. Los poderes maquinadores de la guerra son los que apoyan y sostienen a Franco en el plano internacional y prolongan la vida de su régimen, irremisiblemente condenado dentro de España por su bancarrota, por sus crímenes, por su fracaso rotundo, y sobre todo por el odio y el heroísmo imbatible del pueblo español. Las fuerzas de la paz son, por el contrario, las aliadas inquebrantables de nuestro pueblo, la fuerza viva y fecunda de la solidaridad con su lucha.

El clima de guerra, sistemáticamente alentado por los instigadores de ella, es el oxígeno —materializado en vergonzantes dólares y vergonzantes ayudas efectivas— que alarga la irremediable agonía del franquismo, conservando todavía una mortecina razón de vida como posible “División azul” de una nueva posible “Reichswerh” nordatlántica contra la Unión Soviética, las nuevas democracias y los pueblos. La lucha por la paz, por una convivencia democrática entre los países acorrada al fascismo franquista como elapestado del mundo victorioso sobre el fascismo, cuya supervivencia hace esta victoria no sea total, y mantiene, encendido, uno de los más peligrosos focos de guerra antidemocrática.

En la alentadora victoria que la causa de España ha logrado últimamente ante la Asamblea de las Naciones Unidas ha quedado bien patente, una vez más, quiénes son los amigos y quiénes son los enemigos del pueblo español, los sostenedores y los adversarios de su liberación. Esta victoria de España, este nuevo y poderoso golpe asestado contra Franco, no ha sido precisamente obra de los “abstencionistas”, ni la de los capituladores prietistas y adláteres que, horas antes, lo daban por todo por

perdido y exaltaban —tan seguros de ello como el propio Franco— la consagración “definitiva” del fascismo español por la O.N.U.

Esta gran victoria es, en primer lugar, la del heroísmo y la resistencia del pueblo español. Y, a la par con ello, la de los grandes, leales e inquebrantables adalides de su causa en el plano internacional: La Unión Soviética, Polonia, y las nuevas democracias. “Las Naciones Unidas” —dijo Cromyko, en su memorable discurso del 7 de mayo— “Tienen el deber de poner fin a la política de sostenimiento del régimen franquista en España” —política cuyos sostenedores, los círculos reaccionarios de EE.UU e Inglaterra, denunciara “con la lógica irrefutable de los hechos” a lo largo de su discurso—. Pero, deben llegar a más, añadió: contribuir “a la victoria de la democracia en España y asegurar al pueblo Español el puesto que le corresponde en la Organización de las Naciones Unidas”. He ahí la voz y he ahí la acción que explican, fundamentalmente, este importante triunfo que la causa de la España republicana acaba de conseguir.

La voluntad de los pueblos cuenta —¿qué duda cabe?—, en el seno de la O.N.U. y en la marcha del mundo, a condición de que esa voluntad, que es poderosa, sepa hacerse valer. La Voluntad de los pueblos, favorable a la causa de España, resplandece en la digna y consecuente actitud de gobiernos como los de México, Guatemala y otros países que en Lake Success nos apoyaron. Y en otros casos, como singularmente en el de Cuba, la vigorosa lucha del pueblo en favor de la República española ha servido para neutralizar la presión del imperialismo, mediante el expediente “táctico” de la ausencia a la hora de votar. En cuanto al hipócrita “abstencionismo” de los grandes corifeos imperialistas, a ningún republicano español se le puede ocultar que fueron ellos quienes entre bastidores llevaron la batuta del coro de gobiernos reaccionarios movilizados a favor de Franco obedientes, en esto como en todo, a las órdenes de sus amos.

El resultado de la asamblea de la O.N.U. es, para los republicanos españoles, una gran enseñanza y una gran apelación al deber. Para quienes aún no lo viesen claro, ha venido a demostrar una vez más, bien palmariamente, quiénes son los verdaderos fiadores internacionales de nuestra

causa. Y plantea ante nosotros todos, el requerimiento de reforzar sobre bases firmes nuestra unión en torno a las fuerzas que jamás flaquean en la ayuda a la liberación de España.

Por eso, los republicanos españoles no podemos estar, ni lo estamos, ausentes de la gran batalla que esas fuerzas tienen empeñada por la paz.

La lucha por la paz es, hoy, la lucha por la democracia del mundo. Es, por ello mismo, una de las formas más efectivas de luchar contra el régimen franquista, incompatible con el mundo que combate por esa paz, el cual sabe muy bien que jamás llegará a ser una realidad sin una España republicana, dueña de sus destinos y definitivamente recuperada para la democracia.

Las grandes victorias logradas en el camino de la lucha por la paz son también victorias del pueblo español, a las que éste ha contribuido en no pequeña parte con su intenso caudal de heroísmo desde el 18 de julio hasta hoy y de las que mucho tiene que esperar para su liberación.

Desde que, en agosto del pasado año, empezó a organizarse, con el Congreso de Intelectuales celebrado en Wroclaw, el poderoso movimiento de los pueblos por la paz, la causa de España ha estado, en todo momento, presente en él, ocupando el plano primordial que le corresponde. Y, como españoles republicanos, como luchadores por la liberación y la democracia de España, debemos sentirnos esperanzados por los avances formidables de la gran lucha por la paz, tomada resueltamente en sus manos por los pueblos y por los gobiernos que representan genuinamente la voluntad de sus pueblos. Pues esa lucha es la nuestra, y sus victorias derrotas importantes asestadas al régimen franquista y a las fuerzas exteriores que lo apoyan.

El Congreso de Wroclaw, después de escuchar la voz autorizada del Dr. Don José Giral aclamó la causa de la República española, denunció al fascismo franquista como peligroso foco de guerra y acordó, por unanimidad, dirigirse a la O.N.U. exigiendo, como condición esencial para la defensa de la paz, “el aislamiento económico, cultural y moral del

régimen franquista y una política consecuente y efectiva de ayuda para quienes luchan, en España, por la soberanía y la democracia para su patria y por las libertades del mundo”. Y el acuerdo allí tomado fue prontamente cumplido por el Comité permanente elegido en el Congreso. De Wroclaw para acá, el movimiento mundial de la lucha por la paz cimentada sobre la democracia ha dado pasos gigantescos y cobrado extraordinarias proporciones. El Congreso mundial de Partidarios de la Paz, celebrado en París en la última decena de abril, ha constituido la más formidable afirmación de la voluntad de los pueblos de asegurar la paz como camino para el afianzamiento de la democracia y para el porvenir de la libertad y de progreso de la humanidad. Ha sido, bien puede afirmarse, una movilización de fuerzas sin precedente en la historia de las luchas de los pueblos, por su gigantesco volumen, por la claridad en la denuncia de las fuerzas que conspiran contra la paz y la democracia por la inquebrantable decisión de luchar contra ellos y por las formas certeras y concretas encontradas para dar a esta lucha una base permanente y efectiva.

Dos mil quinientos delegados, representando a setenta y dos países y expresando la voluntad de seiscientos millones de seres de todas las latitudes y creencias, se congregaron en el Congreso de París y en la asamblea complementaria de la ciudad de Praga, donde la democracia popular checoslovaca ofreció hospitalidad a las delegaciones que vieron bloqueado su camino hacia Francia, por gobernantes tributarios del imperialismo.

Correspondió al Comité permanente surgido del Congreso de Intelectuales de Wroclaw el gran honor de convocar, juntamente con la Federación Democrática Internacional de Mujeres, la histórica asamblea de París. Pero ésta, a diferencia del Congreso de Wroclaw y recogiendo la gran idea allí proclamada, fue ya la afirmación de voluntad de los pueblos todos, en su conjunto, con la clase obrera y las más importantes organizaciones democráticas internacionales a la cabeza, y, en torno suyo, cuanto representa a la humanidad creadora, trabajadora y progresiva del mundo de hoy.

La firme decisión de los pueblo de luchar por el afianzamiento de la democracia y de no empuñar jamás las armas en una guerra contra los más firmes puntales de esta democracia, contra la Unión Soviética, los regímenes de voluntad popular cimentados en la victoria sobre el fascismo y contra los pueblos mismos, decisión expresada en meses anteriores por la voz de los más caracterizados representantes de la clase obrera y de sus Partidos Comunistas en diversos países, ha sido clamorosamente ratificada en el Congreso de París por la voluntad de las grandes masas.

Pero, el Congreso de París no se limitó a proclamar esta inequívoca voluntad. Expresó, con ella, su decisión inquebrantable de luchar por su realización y estableció las formas y los métodos necesarios para conseguirlo, combatiendo contra las fuerzas instigadoras de la guerra, con la clara conciencia de que la voluntad de los pueblos, organizándose y actuando, es más poderosa que el puñado de los grandes criminales contra la humanidad, por muy fuertes que éstos sean. Los mandatarios de los pueblos reunidos en París no se congregaron, como hubo de decir el Presidente del Congreso, al inaugurar sus tareas, “para suplicar la paz, sino para imponerla contra los promotores de la guerra”.

Los grandes problemas de que hoy pende el destino de los pueblos y que llevan envuelta la amenaza de una nueva guerra aniquiladora y la realidad de la miseria y la servidumbre para muchos países, fueron certeramente planteados y resueltos en el Congreso de París, denunciados los factores contra los que los pueblos deben luchar, en coordinada acción, para desembarazar el camino de la independencia nacional, de la democracia y del progreso. El discurso inaugural de Frédéric Joliot-Curie, presidente del Congreso y uno de los más altos exponentes de la ciencia y la cultura de hoy, puestas al servicio de los pueblos, es un claro guión de los objetivos de esta gran lucha y, en no pequeña parte, un certero programa de las aspiraciones de los mejores intelectuales del mundo en su acción por una cultura libre dentro de una sociedad liberada.

La voz de los intelectuales soviéticos, adelantados de ese mundo de la cultura del mañana, que para ellos es ya una realidad de hoy, la llevó en el Congreso de París el escritor Alexander Fadeiev, como lo hiciera

antes Wroclaw, trazando un cuadro de problemas y de actividades valioso para los intelectuales progresivos todos. En este informe de París, como en el que antes pronunciara en el importante Congreso Científico y Cultural por la Paz, celebrado en Nueva York, Fadeiev llamó apremiantemente a los deberes de la intelectualidad identificada con su pueblo en la lucha por la paz y por la democracia y, muy especialmente, al de salir al paso de quienes, sembrando concepciones de pesimismo sobre el destino del hombre, nacidas de la descomposición de una sociedad y una cultura en trance de muerte, alientan los más bajos instintos de bestialidad y degrada, con ello, la elevada misión del espíritu, para convertirlo en un arma más de guerra y al servicio, casi siempre consciente y retribuido, de las potencias de la guerra.

En su manifiesto al mundo, el Congreso mundial de Partidarios de la Paz declara constituido “el frente universal por la defensa de la verdad y la razón, que luchará por reducir a la importancia la propaganda destinada a preparar a la opinión pública para la guerra”. He aquí una gran tarea, una cantera grandiosa de trabajo y de creación, para los intelectuales conscientes de los deberes de su tiempo.

Ya el llamamiento final del Congreso de Wroclaw apelaba a la “grande y noble responsabilidad” de los intelectuales de todo el mundo y los exhortaba a hacer oír su voz “en defensa de la paz, del libre desarrollo cultural de los pueblos, de su independencia nacional y de su fraternal cooperación”.

El manifiesto de París proclama que “el Congreso de la paz de partidarios de la Paz ha demostrado pública e irrefutablemente que los pueblos, abandonando actitudes pasivas, están resueltos a tomar una parte activa y constructiva en los acontecimientos”. Declara que “la defensa de la paz es la causa de todos los pueblos”, “decididos a ganar la batalla de la vida”.

Uno de los pueblos por cuya vida se ha librado una gran batalla victoriosa en el Congreso de París es el nuestro, el español. La paz que allí se ha jurado defender, la paz democrática de los pueblos, forjada con la sangre

de éstos en la guerra y en la victoria contra el fascismo, la paz de la liberación de la humanidad, no es, para España, la lucha contra el peligro de una nueva guerra: es la lucha por el término victorioso de la guerra real y presente que el pueblo español viene sosteniendo sin tregua desde hace trece años. Para triunfar en ella necesita de la solidaridad de las grandes fuerzas de la democracia internacional. Las más conscientes de su deber jamás se la han regateado.

Y el Congreso mundial de Partidarios de la Paz, con una clara visión de este problema como de todos, se ha juramentado para que este apoyo se acreciente y vigorice, en la etapa final de la liquidación de un enemigo que representa una amenaza para la democracia mundial entera.

La causa de España estuvo ampliamente representada en el Congreso de París. Dos mil setecientos españoles y treinta y cinco organizaciones republicanas de México enviaron al Congreso un mensaje de saludo y hacia él confluyeron decenas de millares de adhesiones de todos los países en que hay núcleos importantes de nuestra emigración. Un nutrido grupo de delegaciones de nuestros medios antifascistas más sensibles, llevó al Congreso de Partidarios de la Paz la voz viva y auténtica del pueblo español en lucha y encontró la identificación clamorosa de los pueblos todos del mundo con sus aspiraciones y la promesa decidida de sostenerlas y apoyarlas.

La moción presentada por las delegaciones españolas y unánimemente aprobada por el Congreso proclama de un modo certero la voluntad del pueblo español, cuando expresa que “no habrá en el mundo fuerza capaz de hacerlo empuñar las armas contra aquellas ideologías y aquellos países que son los que, no sólo reconocen la justicia de nuestra causa, sino que han estado, están y estarán a nuestro lado y frente al régimen que todavía preside el primer Quisling” de Europa.

En su tercer punto, la citada moción —y, con ella, el Congreso, al hacerla suya— “denuncia ante la opinión democrática de todos los países, no sólo la vergonzosa pasividad de los gobiernos que, llamándose democráticos, prorrogan interesadamente la vida del régimen fascista español,

sino las actividades de esos gobiernos, o por ellos consentidas, cuando no sugeridas y estimuladas, para que, a través de conductos subterráneos, lleguen empréstitos a las finanzas fascistas, Estados Mayores a la España de Franco para revalorizar al ejército fascista y material de guerra para las fuerzas que oprimen a todo un pueblo”.

El Congreso de la Paz ha acordado, por iniciativa de las delegaciones españolas, organizar el Día de la Democracia Española, como jornada internacional de manifestación de voluntad y de lucha de todos los pueblos del mundo por el derrocamiento del franquismo y la liberación de España.

Las delegaciones de los dieciséis países de América presentes en el Congreso de París —incluyendo las de Estados Unidos y el Canadá— suscribieron una declaración pública, condenando al régimen franquista como “evidente peligro de guerra”, afirmando su voluntad de alentar y movilizar la opinión de cada país” para “impedir la entrada de la presentación franquista en la O.N.U.” y “reiterando su solidaridad” a la lucha libertadora del pueblo español, considerada como heroica lucha en favor de la paz y en contra de los servidores del imperialismo, maquinador de la guerra.

El revés asestado en la última asamblea de la O.N.U. a las pretensiones de Franco y de sus padrinos revela que esa solidaridad de los pueblos con la lucha del pueblo español rinde sus frutos. Pero, al mismo tiempo, obliga a los dirigentes y organizaciones responsables de los pueblos, sobre todo en América, a redoblar sus esfuerzos de solidaridad con la España republicana. Del mismo modo que exhorta a los republicanos españoles —ya lo decíamos— a ponerse en mejores condiciones de reclamar y obtener esa preciosa solidaridad que a su pueblo le es debida.

El movimiento de lucha por la paz empieza a sentar también sus jalones de organización en el seno de la emigración republicana española, sobre las bases establecidas en el Congreso de París y en estrecha coordinación con la gran causa de la liberación de España.

La creación, en México, de la “Comisión Republicana Española para la Defensa de la Paz”, presidida por don José Giral y formada por personas de la más diversa significación en el campo republicano, constituye un magnífico ejemplo y un gran paso en este camino. En su declaración de constitución, proclama la citada “Comisión Republicana”, con todo acierto: “Las fuerzas de los pueblos organizadas en la lucha por la paz son la más firme garantía de solidaridad y ayuda, jamás desmentidas, hacia la causa de la República española. Del mismo modo que las fuerzas instigadoras de la guerra, contra las que esta lucha va enderezada, constituyen hoy el último intento de apuntalamiento del régimen de Franco”.

Es así como la causa de la liberación, de España se sitúa certeramente dentro de la realidad en que está planteada la lucha entre los dos campos políticos del mundo de hoy, asegurando para el pueblo español el apoyo y la solidaridad de quienes son sus fieles aliados, los poderes de la paz y la democracia, y no reforzando, con vergonzosas maniobras entreguistas, con desmayos capituladores o con desorientaciones cada día menos justificadas, la acción de las fuerzas reaccionarias internacionales, cuya política no ha sido nunca ni es, hoy, otra que la de la ayuda, unas veces descarada y otras embozada, al fascismo franquista, en su odio y en su miedo contra la verdadera democracia y el futuro de los pueblos y de la humanidad.

Reseña

Vladímir I. Lenin.

*Materialismo y empiriocriticismo*¹

Wenceslao Roces

La aparición en lengua española de la obra filosófica capital de Lenin constituye un acontecimiento extraordinario para nuestras letras y para nuestra lucha. No existía hasta hoy, una versión castellana de este libro fundamental que ofreciese garantías de autenticidad. Esta cuya publicación saludamos con verdadera alegría viene a llenar una gran laguna. La obra se presenta, además, impecablemente impresa y elegantemente encuadernada. En nota editorial, se advierte al lector que la traducción se ha hecho sobre la última edición rusa, la de 1946, publicada bajo los cuidados del Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú.

Las circunstancias históricas en que esta revolucionadora obra de Lenin —modestamente presentada bajo el subtítulo de *Notas críticas*— se publicó aparecen admirablemente resumidas en la *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.* (págs. 117 y sig. de la edición española) y tienen para nosotros, hoy, un interés muy aleccionador.

¹ *Nuestro Tiempo*, Año 01, No. 02, 1949, pp. 57-58.

La primera edición rusa de *Materialismo y empiriocriticismo* vio la luz en 1909. La obra fue escrita durante el período contrarrevolucionario que surgió a la derrota de la revolución rusa de 1905. Su objetivo inmediato es salir al paso, en el frente ideológico, a toda una serie de manifestaciones *teóricas, filosóficas* que, dentro del propio movimiento proletario y sostenidas por un grupo de intelectuales, se plegaban a la ofensiva de la contrarrevolución y entrañaban un peligro serio para la causa revolucionaria. He aquí el marco histórico, tal como certeramente lo resume la *Historia del Partido* (lugar cit.): “En el campo de la filosofía, se redoblan los intentos de *criticar*, de revisar el marxismo, y surgían también todo género de corrientes religiosas, envueltas en argumentos pretendidamente *científicos*... Pese a la abigarrada diversidad de sus tendencias, todos esos señores perseguían un fin común: desviar a las masas de la revolución. El decadentismo y la falta de fe se apoderó también de una parte de los intelectuales del Partido, que aun teniéndose por marxistas, jamás habían mantenido con firmeza en las posiciones del marxismo... Estos intelectuales desplegaban su *crítica* a la vez contra los fundamentos filosófico-teóricos del marxismo, es decir, contra el materialismo dialéctico, y contra sus fundamentos histórico-científicos, es decir, contra el materialismo histórico. Esta crítica se distinguía de la usual en que no se desarrollaba de un modo franco y honrado, sino velada e hipócritamente, pretextando *defender* las posiciones fundamentales del marxismo. Nosotros, decían estos *críticos*, somos esencialmente marxistas, pero queremos *mejorar* el marxismo, depurarlo de algunas tesis fundamentales. En realidad, eran enemigos del marxismo, pues aspiraban a socavar sus cimientos teóricos, aunque de palabra negasen hipócritamente su hostilidad contra él y siguiesen llamándose, en su doblez, marxistas. El peligro de esa crítica farisaica consistía en que con ella se pretendía engañar a los militantes de filas del Partido y se les podía mover a confusión. “Ante los marxistas se planteaba la tarea indeclinable de dar a esos degenerados una respuesta cumplida en el campo de la teoría del marxismo, de quitarles la careta y desenmascararlos por entero, defendiendo de este modo los fundamentos teóricos del Partido marxista. Fue Lenin quien afrontó y llevó a cabo esta empresa, con su famoso libro *Materialismo y empiriocriticismo*”.

Como todas las grandes obras de los maestros de la teoría revolucionaria del proletariado, ésta fue, pues, el fruto de la lucha —recuérdese cómo nacieron también el *Anti-Dühring* de Engels, la *Miseria de la filosofía* de Marx, o *Quiénes son los “Amigos del Pueblo”*, de Lenin, las partes fundamentales de las *Cuestiones del leninismo*, de Stalin, y tantas obras maestras más— y sigue siendo, hoy, en las nuevas condiciones de la crisis del imperialismo, un arma ideológica de lucha de valor fundamental.

Nacida de la lucha, enderezada contra los enemigos reales y concretos de ella en una situación histórica determinada esta obra se remonta sobre su significación episódica, transitoria, para adquirir una importancia permanente, inmortal. Por encima de la crítica de unas cuantas corrientes reaccionarias temporales y a través de ella el libro de Lenin queda permanentemente en la historia como una obra perenne y universal. Con perfecta justeza lo dice la *Historia del Partido*: “El libro de Lenin es... una defensa de los fundamentos teóricos del marxismo; una generalización materialista de los descubrimientos más importantes y esenciales de la ciencia en general, y sobre todo, de las ciencias naturales, durante el período histórico que va desde la muerte de Engels hasta la aparición de la obra *Materialismo y empiriocriticismo*”.

Se equivocaría quien pensara que la obra de Lenin sólo guarda estrecha relación con las doctrinas de Mach, Avenarius y otros, ya casi sólo recordadas hoy por haberlas inmortalizado su crítico genial. No; toda la evolución ulterior de la filosofía durante la etapa del imperialismo está contenida en ella, sin que haya cambiado la esencia, aunque las modalidades puedan cambiar. El *existencialismo* y otras corrientes reaccionarias de la *filosofía* de hoy encuentran en esta obra de Lenin, por adelantado, su contestación.

Lenin nos ofrece, al igual que en todas sus obras, un ejemplo magistral de cómo debe aplicarse y enriquecerse creadoramente el marxismo, lo mismo que en su tiempo lo hicieran Marx y Engels, como después de él habrían de hacerlo Stalin y Zhdanov: asimilando por la filosofía materialista todos los nuevos y verdaderos progresos de las ciencias, analizando

todos los nuevos descubrimientos para obtener un conocimiento más exacto y más preciso de la estructura de la materia.

Pero, además, y por ello mismo, la obra que comentamos constituye un modelo insuperable de lo que debe ser el alma de toda nuestra teoría, como de toda nuestra acción: el espíritu militante y combativo, la lucha contra lo caduco y contra sus reflejos ideológicos, el partidismo filosófico, la batalla impecable contra el enemigo, la afirmación intransigente de las únicas posiciones que pueden llevarnos al triunfo sobre él. No es otra, en política como en filosofía, en literatura o en arte, la lucha marxista-leninista por la verdad científica. Todo el cuerpo de la doctrina marxista-leninista es un arsenal de armas contra las posiciones adversas, reaccionarias, y los hombres, las fuerzas, los partidos o las ideologías que las encarnan. Sobre todo —téngase bien en cuenta esto— cuando esas ideologías, embozadas o larvadas, penetran dentro del campo de las fuerzas llamadas a liquidarlas, pues entonces su acción es todavía más peligrosa.

Bajo el epígrafe del capítulo VI de su obra (páginas 388 ss.) expone Lenin, de manera magistral, este candente punto de “los partidos en filosofía”. Nos hace ver cómo en la gran lucha incesante entre las dos líneas fundamentales, las dos maneras fundamentales distintas de abordar los problemas filosóficos, que son el materialismo y el idealismo, no puede haber ni la hay nunca, aunque a veces se finja, neutralidad. Nos dice cómo debe aplicarse consecuentemente el materialismo a las ciencias sociales “barriendo de un modo implacable, como si fuera inmundicias, los absurdos, los galimatías enfáticos y pretenciosos, las innumerables tentativas de descubrir una nueva línea en filosofía, de inventar una nueva dirección, etc.”.

Ahí están genialmente previstas y sentenciadas de antemano, como decíamos todas esas nuevas corrientes filosóficas del existencialismo, del historicismo a lo Toynbee, todos esos intentos farisaicos de terceras fuerzas filosóficas que se nos presentan como pretendidas superaciones de la irreductible contradicción entre el idealismo y el materialismo y que, confesado ya implícitamente el fracaso inapelable del primero,

tratan de servirlo hipócritamente, sin atreverse a defenderlo de una manera abierta, y de deslizar su contrabando ideológico en la fortaleza inexpugnable del segundo, que es ya en una parte considerable y sin cesar creciente del mundo, invencible realidad. El progreso de las ciencias, los avances de la revolución, la lucha de los pueblos, el triunfo del socialismo en la Unión Soviética, la crisis mortal de la sociedad burguesa en la etapa última del imperialismo: todo esto ha empujado al idealismo objetivo, en nuestro tiempo, a ese vergonzante y derrotista peligro camuflado de la que Lukács llama, con justeza “la ideología del ala extrema de la reacción”.

De Marx y Engels dice Lenin que “eran en filosofía, desde el principio al fin hombres de partido”, que “supieron descubrir las desviaciones con respecto al materialismo y las condescendencias con el idealismo y el fideísmo con todas y cada una de las novísimas direcciones”. Esto es lo que hace de sus obras armas invencibles, como las de Lenin en una fase posterior. Y ese es el gran ejemplo del que nosotros rodeados por todas partes, a veces incluso muy cerca de nosotros, en nuestra propia casa, de novísimas corrientes que nada tienen de nuevas, ni en el contenido ni en la intención, tenemos que aprender.

Siguen teniendo, hoy, vivísima actualidad las siguientes magníficas palabras de Dietzgen, el filósofo-curtidor, gran pensador salido de la clase proletaria, citadas de Lenin: “El más despreciable de todos los partidos es el partido del término medio.... Así como en política los partidos se agrupan cada vez más sólo en dos campos... así también las ciencias se dividen en dos clases fundamentales: de un lado los metafísicos, del otro los físicos o materialistas. Los elementos intermedios y los charlatanes conciliadores, cualquiera que sea su rótulo, ya se trata de espiritualistas, de sensualistas, de realistas, etc., en su camino caen bien en una o bien en otra corriente. Nosotros exigimos decisión, queremos claridad”.

Por eso, Lenin llega en su libro a la certera, impugnable conclusión de que “detrás del escolasticismo gnoseológico del empiriocriticismo” o mismo que detrás de cualquier otra corriente filosófica o ideológica, “no se puede por menos de ver la lucha de los partidos en filosofía, lucha que

expresa, en última instancia, las tendencias y la ideología de las clases enemigas, dentro de la sociedad moderna”.

Quien estudie atentamente esta obra magistral de Lenin encontrará en ella una preciosa guía que le iluminará los caminos del pensamiento filosófico de hoy y le ayudará a descubrir, enmascarados bajo nuevos pomposos nombres, a los empiriocriticistas, a los fideístas y a los agnósticos, que empapados de un contenido todavía más reaccionario, como corresponde a la situación y a los avances de las fuerzas nuevas, pululan en torno nuestro, dentro de la etapa actual.

Reseña

Georg Lukács. *Existencialisme ou marxisme?*¹

Wenceslao Roces

Vertido al francés en traducción por desgracia harto deficiente, se ha publicado hace más de un año, y lleva ya numerosas ediciones hasta hoy, esta magistral obra de Georg Lukács, inédita todavía en español, para vergüenza de nuestros editores.

El gran talento dialéctico de Lukács —húngaro de nacionalidad, de formación profundamente europea y pensador de rango universal— se reveló en 1916 con un estudio social y estético sobre la Teoría de la novela.

G. Lukács fue ministro de Educación Nacional en Hungría en 1918, al triunfar, pasajera y efímeramente, la revolución en su país. En 1929, tras largos estudios en el exilio, vio la luz su gran obra *Historia y Conciencia de clase*. Poco después, publicaba un ensayo sobre Lenin. Colaborador del Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú y miembro prominente del Instituto de Filosófico de la Academia de Ciencias de la URSS Lukács dio a la prensa,

¹ *Nuestro Tiempo*, Año 01, No. 02, 1949, pp. 58-60.

entre 1929 y 1945, multitud de artículos y estudios, acogidos siempre en lugar de honor por las revistas internacionales del proletariado. Triunfante en su patria la democracia popular, G. Lukács se reintegró a ella para ponerse directamente al servicio de las fuerzas victoriosas y creadores del pueblo a las que, en forma diversa, jamás dejó de servir. Al lado de otros puestos importantes, desempeña actualmente las cátedras de estética y de historia de la cultura en la Universidad de Budapest.

En las ediciones de la Alemania Democrática (Aufbau-Verlag, Berlín), han sido recogidos, recientemente, los estudios más importantes de Lukács sobre crítica literaria y estética en los que el gran maestro aplica soberanamente los principios luminosos del marxismo-leninismo al esclarecimiento de problemas fundamentales del arte y la literatura. En la colección de ensayos titulada *Nuevos Rumbos* (1948), se recogen sus magníficos estudios sobre lo que Lukács llama *Aportaciones a una nueva ideología alemana* (*el fascismo alemán y Nietzsche, El fascismo alemán y Hegel; Grandeza y decadencia del expresionismo, La poesía en el desierto, Actualidad y Evasión, etc.*) En *Progreso y reacción en la literatura alemana* (1947), traza una certera historia crítica de las grandes corrientes literarias de la patria de Goethe, Hegel, y Carlos Marx (la Ilustración, el humanismo clásico, el romanticismo, muerte y enterramiento de la Alemania antigua; como segunda parte de la obra: La literatura alemana de la época del imperialismo, del periodo guillermino a la barbarie fascista y al antifascismo). En sus *Ensayos sobre el realismo* (1948), hay que destacar estudios tan importantes como *La lucha entre liberalismo y democracia, reflejada en la novela histórica. El ideal del hombre armónico en la estética burguesa* y el ensayo sobre *El crítico y el escritor*. Otro de estos volúmenes lleva por título *Carlos Marx y Federico Engels como historiadores de la literatura* (1948); descuellan en él el trabajo sobre *Marx y el problema de la decadencia ideológica* y, sobre todo, el gran estudio que lleva por título *¿Burócratas o tribuno popular?*, en el que, basándose en la demoleadora crítica que Lenin hace de la filosofía oportunista del economismo en su inmortal *¿Qué hacer?*, estudia lo que él llama “la tragedia y la tragicomedia del artista y del arte bajo el capitalismo”). Hace solamente unos meses, salió a la luz en una editorial suiza, la versión alemana de la gran obra filosófica de Lukács: *El joven Hegel*.

Sobre las relaciones entre dialéctica y economía, libro de más de 700 páginas en el que se estudian magistralmente, desde la atalaya superior del marxismo-leninismo las raíces del idealismo objetivo, iluminando dialécticamente un campo nuevo y extraordinariamente fecundo de la historia de la filosofía.

Sí, como decíamos, es una vergüenza para nuestros editores que el libro de Lukács contra el existencialismo se halle aún inédito en nuestra lengua, la negativa sistemática a dar a conocer una parte siquiera de la obra tan fecunda de este gran pensador del marxismo —uno de los más altos exponentes del pensamiento filosófico y crítico de hoy—, unida a la deplorable diligencia con que se difunden, en toda suerte de editoriales, los detritus de una cultura calavérica, no hace más que confirmar la decadencia y el miedo a lo nuevo y a lo vigoroso, que son característicos de la crisis de muerte de la cultura burguesa, en esta época demencial del imperialismo.

Y es natural. Los libros de Lukács, como toda obra de cultura auténticamente dialéctica, marxista-leninista, siendo libros de elevado pensamiento y recia fundamentación científica, son armas espirituales de lucha, lo que los reaccionarios y los pacatos embaucados por ellos llaman, y tienen razón —en el calificativo, aunque no es la intención son que lo emplean— libros políticos. Son, naturalmente, obras de tendencia y de partido. Tienden, combativamente, a destruir lo viejo, lo caduco, y toman partido por lo nuevo y por las fuerzas que, fundamentalmente, garantizan su triunfo. Son, en una palabra, productos ejemplares de la cultura viva y creadora de nuestro tiempo, y no, como la que se llama farisaicamente literatura objetivos y apolítica, embozadas apologías de una sociedad que se resiste a morir.

En el artículo de Lukács, El intelectual en la encrucijada, que valora el número primero de nuestra revista, brillan ejemplarmente las grandes cualidades de este pensador nuestro, su certera concepción de lo que es, hoy, la misión de la ideología y del intelectual. Nuestro Tiempo cumplirá un esencial deber hacia sus lectores y en relación con el gran cometido que se ha impuesto, dando a conocer, en ulteriores números, algunos de

los trabajos más importantes de Lukács. Y, si fuere posible, auspiciando la publicación de algunas de sus obras fundamentales.

La gran personalidad de Lukács como luchador del pensamiento de la nueva sociedad se acusó vigorosamente en las *Recontres internationales* de Ginebra, en 1946, en su victoriosa polémica contra Karl Jaspers y Maurice Merleau-Ponty; es decir, contra uno de los fundadores del existencialismo germano y contra su agente-viajero francés, el trotskista disfrazado de filósofo a quien recientemente escucharon, entre emboadas y defraudadas, las heteróclitas feligresías existencialistas de este lado del océano.

El gran valor del libro de Lukács es que, en él, el estudio crítico, pulverizador de esa ideología de la descomposición de una sociedad se encuadra dentro del marco general, histórico, de la ideología correspondiente a la época de la burguesía en su conjunto. El primero de los cuatro estudios que, engarzados, forman la unidad de la obra, el que versa sobre La crítica de la filosofía burguesa, y precisamente en la época actual, o sea la del imperialismo, sienta las premisas del análisis. Sus conclusiones positivas, superadoras, se contienen en el capítulo final, el cuarto, así titulado: La teoría leninista [no leniniana, como el traductor dice, con pujos de elegancia inadmisibles] del conocimiento. Entre estos dos capítulos, que marcan el inicio de la crisis y su desenlace revolucionario, dialéctico, quedan enclavados los otros dos, el segundo y el tercero, en que la crisis hace crisis, en su punto álgido de descomposición, coincidiendo, naturalmente, con la de la sociedad burguesa en la etapa imperialista y reflejándola ideológicamente: De la fenomenología al existencialismo y El callejón sin salida de la moral existencialista.

“El existencialismo se presenta” —dice Lukács, en su Introducción— “como la última variante —y la más desarrollada— de esta oposición” que es “la resistencia de la ideología burguesa al materialismo dialéctico”, como base inexcusable para la lucha por el socialismo y para su conquista y realización. Es la culminación actual... de la *tercera vía* filosófica propia de la fase del imperialismo”. “El existencialismo refleja, en el plano ideológico, el caos espiritual y moral de la intelectualidad burguesa”,

al llegar a la etapa en que, cerrados sus horizontes, enfrentada con la muerte inapelable del tipo de sociedad a que sirve lo ve todo teñido de palidez mortal, de falta de fe, de derrotismo, y pesimismo, de nihilismo.

“La *tercera vía filosófica* —nos dice, acertadamente, Lukács— ha recibido como misión social tratar de impedir que la intelectualidad saque de la crisis la conclusión” obligada, que es “la conclusión socialista”. Lo mismo que la *tercera fuerza* política se asigna o recibe el cometido de desviar a los pueblos de la lucha por el único desenlace victorioso de las contradicciones sociales bajo el imperialismo: la lucha por la auténtica democracia, como camino hacia el socialismo. Empeño tan vano en el primer caso como en el segundo y en que el fracaso de aquél es el ineludible resultado de la inevitable bancarrota de éste.

El *existencialismo* —lo mismo el sartriano que el heideggeriano o el jaspersiano— es, dice Lukács, “la filosofía de la muerte”. Es también —y a ello debe su éxito entre esos intelectuales deseosos de evadirse de la realidad actual y de sus deberes de lucha en ella— “la filosofía de la libertad absoluta”, es decir, en rigor, de una “libertad mistificada”, mentirosa, vuelta de espaldas a la verdadera libertad —intelectual, política y moral— del hombre de hoy, que es la de luchar “por la edificación y la consolidación de la democracia”, después de la victoria militar sobre el fascismo y para impedir para siempre el retorno del fascismo y la guerra. Es para nosotros españoles, intelectuales, obreros, simplemente hombres, la libertad concreta y sagrada de luchar por la liberación de nuestra patria, por una España plenamente democrática, con los caminos anchos abiertos hacia el futuro socialista. Sólo así dejará de ser la libertad un *mito*, un truco y un fraude, para asumir *formas concretas* y convertirse —como Lenin decía de la auténtica libertad y de la auténtica moral— en “la disciplina solidaria y unida en esta lucha consciente de las masas contra los explotadores. Es decir, en la libertad para luchar y para vencer, apoyándose en las únicas fuerzas que garantizan la victoria. No en la libertad de la muerte, sino en la libertad de la vida.

Las páginas que Lukács dedica a analizar dialécticamente los conceptos de la libertad y la moral figuran entre los más aleccionadores de su obra.

Y no queremos dejar de transcribir el siguiente luminoso párrafo, tomado del último capítulo del libro, en el que sintetiza certeramente la teoría leninista del conocimiento: “Hay que reconocer a Lenin el mérito de haber desenmascarado la *tercera vía* desde los comienzos mismos de su evolución [se refiere Lukács a su obra filosófica fundamental y actualísima, *Materialismo y empiriocriticismo*]. Lenin ha puesto al desnudo el mecanismo del mito que se esconde bajo esta enseña, al demostrar que el idealismo objetivo, acorralado como indefendible, se hunde en el solipsismo. Ha proyectado una luz nueva sobre la profunda transformación de los lazos que unen las ciencias a la filosofía, poniendo de manifiesto que así como la filosofía antigua respaldaba el progreso de las ciencias, la filosofía moderna actúa como freno, puesto que idealiza todas las tendencias reaccionarias”. Por eso, “bajo el clima social propio de la fase del imperialismo, el idealismo objetivo estaba fatalmente llamado a convertirse en la ideología del ala extrema de la reacción”, en la ideología del fascismo (si es que puede hablarse de una *ideología* de la barbarie). Y ahora, después de su derrota incancelable, en esta *tercera vía* ideológica del existencialismo, cuyas raíces necróticas y cuyo *encargo* fraudulento —pues estos señores intelectuales que tanto se resisten a aceptar los *encargos* de las fuerzas progresivas, cumplen a maravilla, servilmente, los de las fuerzas reaccionarias— quedan ya señalados.

La *tercera vía* es, naturalmente, en filosofía como en política, la primera, es decir, la del servicio al imperialismo y a la reacción. A dónde conduce, de hecho, esa pretendida *tercera vía* lo demuestran con escandalosa claridad las palabras pronunciadas no hace mucho por un *filósofo existencialista* con pasaporte republicano español en una conferencia que bien pudo tener por tribuna (aunque claro está que desde ella habría prestado un servicio menos eficaz a su *causa*) cualquiera de las madrigueras *ideológicas* del franquismo. Según este caballero *existencialista*, las dos corrientes ideológicas que en el mundo de hoy se debaten son la proyectada por el *despotismo asiático* y la sostenida por el *humanismo cristiano español*. A eso conduce la *tercera vía* a los *existencialistas* de nuestros pagos: al pudridero franquista. Mejor dicho, es una emanación directa de él, al llegar la fase de la crisis mortal del falangismo. No en vano encuentra tanto predicamento el *existencialismo*

ortega-gassetiano (amasado con las escorias postfascistas de Sartre, de Heidegger, y de Toynbee, unidas a las supervivencias prefascistas de Spengler) en las revistas y cenáculos de los intelectuales tolerados por el franquismo y que hoy se desviven por crearle —en la hora del inevitable hundimiento, impuesta por la lucha del pueblo— el imposible repliegue del *clima de la convivencia*.

El libro de Lukács constituye una importantísima contribución al planteamiento y estudio de los problemas del pensamiento vivo de hoy. Es fuente riquísima de enseñanzas y orientaciones para nuestra lucha. La versión francesa debe ser leída, sin embargo, con cierto cuidado. El claro pensamiento del autor aparece oscureciendo, no pocas veces, en esenciales puntos. Y ya el título mismo de la traducción contiene un principio de tergiversación. Nada tiene que hacer ese signo de interrogatorio —¿Existencialismo o marxismo? —, esa nota de dubitación o de problemática, al frente de un libro que es todo él, desde la primera línea hasta la última, de afirmación y de triunfo de lo nuevo y lo sano sobre lo viejo y lo podrido.

El marxismo, humanismo de nuestra época¹

Nota sobre la conferencia de Wenceslao Roces

Invitado por el departamento de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el camarada Wenceslao Roces, catedrático titular de la Facultad de Filosofía y Letras, pronunció el día 25 de noviembre, en la Sala “Manuel M. Ponce” del Palacio de Bellas Artes, una interesante conferencia sobre el tema EL MARXISMO, HUMANISMO DE NUESTRA ÉPOCA.

Después de destacar los notables empeños de la UNAM por el estudio de los problemas reales de la vida y de subrayar la libertad de cátedra que se respira en sus aulas, el camarada Roces pasa a señalar que el marxismo no es hoy “solamente una idea, una teoría y una concepción del mundo. Es todo eso y, a la par con ello, una inmensa realidad”. Se refiere a que la idea del marxismo, que alumbró en el año de 1848 con la publicación del “Manifiesto Comunista” cuajaba en acción siete décadas después, edificando en la séptima parte del globo el primer Estado socialista. “Y a la hora actual, podemos afirmar que el marxismo, hecho realidad, es ya de por sí un mundo nuevo, cuyas fronteras desbordan lo geográfico”.

¹ *España Popular*, viernes 03 de diciembre de 1954.

Dice que el marxismo es la historia consciente de sí mismo y que su filosofía es esencialmente histórica y social, sin que por ello sea una filosofía estática, sino dinámica y revolucionaria. “No se contenta con explicar el mundo, sino que aspira a transformarlo”. Los fundadores del marxismo crearon una filosofía y forjaron un partido; filosofía partidista, del partido de la vida, en contra de otras filosofías que defienden, embozadamente, lo que está caducando.

Señala que el marxismo proyecta la materia de la naturaleza sobre la materia de la sociedad y que el método dialéctico nos ofrece una visión completa y armónica del mundo. El marxismo es “una filosofía que, recogiendo y elevando lo mejor de todo el pensamiento anterior, lo revoluciona para crear una teoría radicalmente nueva y superior, que corresponde de lleno a las exigencias de un mundo nuevo y a las ilimitadas posibilidades creadoras del hombre y de la sociedad”.

Critica a los que hoy tratan de oponer muros al intercambio de las ideas y la cultura y a los que quieren presentar el marxismo como una planta exótica, al margen de la cultura universal.

“El marxismo brota de la confluencia de tres de las más grandes corrientes del pensamiento humano... las concepciones de la filosofía clásica alemana, las doctrinas de la economía política clásica inglesa y las ideas de los pensadores revolucionarios y materialistas del [siglo] XVIII. Detrás de Marx, preparándole el camino, están Hegel, Ricardo y los enciclopedistas. Junto a la cuna del pensamiento marxista, alumbra la lámpara inmortal del pensamiento griego. El marxismo es, en el plano de las ideas, el fruto más genuino de la cultura europea y universal del siglo XIX”. Dice que el marxismo, en lo histórico y social, ayuda a los hombres a conocer el mundo y a conocerse a sí mismos, para poderlo dominar. Rompe con todos los fetichismos y pone a la realidad al desnudo, tal cual es.

En lo económico, el marxismo ha humanizado esa ciencia, convirtiéndola de una técnica inerte que citaba cifras y mecanismos, en una ciencia social, regida por leyes que los hombres pueden conocer y que, en

última instancia la realidad económica puede ser gobernada por los hombres. El marxismo, “descubre con la plusvalía el gran secreto de la explotación capitalista del trabajo ajeno y señala, así, a los explotados cual es la fortaleza que, para liberarse y liberar a la sociedad toda, tiene que asaltar”.

En lo ideológico, el marxismo hace ver a los hombres que son los dueños de sus propias ideas y que éstas son inspiradas por las condiciones de la sociedad en que viven y no vienen impuestas por ningún dios inexorable. Subraya que el marxismo es la filosofía del trabajo, pero no del trabajo como una maldición bíblica, sino del trabajo como un honor.

Dice a continuación que el materialismo marxista no tiene nada que ver con el grosero materialismo fisiológico que le imputan sus detractores, quienes se retratan a sí mismos. “La ley fundamental del socialismo... se cifra en asegurar la máxima satisfacción de las necesidades materiales y culturales del hombre. Pero para poder gozar de los bienes espirituales de la cultura, el hombre necesita, ante todo, comer. Las rosas del marxismo no brotan entre los abrojos de la miseria”.

Trata, enseguida, de que ninguna doctrina eleva a tanta altura la misión de la idea, de la conciencia, como el marxismo. Pero lo que sucede es que el marxismo coloca la idea en su lugar. Las ideas, descansan siempre sobre la base de la vida misma, la vida económica, material. Pero las ideas, una vez creadas, tienen vida propia y, no pocas veces, importancia decisiva. “El marxismo no es, por tanto, enemigo ni detractor de la idea, sino que, por el contrario, hace de la idea, centrada en su verdadera misión... una formidable fuerza social. No son los marxistas quienes hoy declaran la guerra a las ideas, en espera de poder declararla mañana a los hombres. La concepción marxista del mundo es profundamente racional”, pero esa razón es la interpretación de la realidad.

Pone a continuación de manifiesto que ninguna filosofía exalta con tanta fuerza la misión del hombre, como el marxismo. Pero no haciendo un canto lírico a lo humano, sino poniendo en manos de los hombres su propia suerte, la dirección y el gobierno del mundo. El marxismo no es

un conjunto de verdades inapelables, sino que es un método de investigación que hace a los hombres conscientes de su propia fuerza, para que conscientes de las leyes que rigen al mundo, puedan, con arreglo a ellas, estar en condiciones de dominarlo. Cita al respecto la mendaz ley de la población de Malthus, que hoy día ha sido resucitada por quienes están al servicio de los planes guerreristas. Malthus recomendaba restringir la natalidad, y hoy los neomalthusianos hacen la apología de la peste y de la guerra, como recursos providenciales para ayudar a resolver el problema de la humanidad, para que la ración de los supervivientes sea mayor. Hoy se predica la ley belicista de la despoblación mediante el exterminio en masa, usando la bomba atómica, en aras de la abundancia. “Una abundancia que, al hacerse el balance de todas las guerras imperialistas, se ve que es, sencillamente, abundancia de dividendos y beneficio para los trusts de la guerra y de luto y sufrimiento para los pueblos”. Frente a estas doctrinas nacidas del odio a la humanidad, el marxismo sostiene que las causas de la miseria de las masas son causas sociales, y no naturales, que se halla al alcance del hombre evitar”.

Sale al paso de las concepciones que quieren presentar al marxismo como una filosofía “fatalista”. Por el contrario, dice, la concepción marxista de la historia rechaza el falso imperio en ella del fatalismo y la providencia. Es la acción real de las leyes sociales, movidas por las luchas entre las clases, la que abre ante el hombre y ante la sociedad posibilidades ilimitadas. El marxismo tiene por supremo postulado la lucha; es una concepción dinámica, revolucionaria.

Pone de manifiesto que el marxismo apareció a mediados del siglo pasado, cuando el proletariado empezaba a actuar como clase en la revolución europea de 1848. En la medida en que la estructura de la sociedad ha experimentado cambios, el marxismo se ha ido desarrollando a su vez. Lenin, el más fiel discípulo de Marx, ha desarrollado creadoramente la doctrina del marxismo, poniéndola a tono con las realidades de la época actual, la época de los monopolios en la cual, el capitalismo monopolista no va sólo en busca de beneficios máximos, recurriendo para ello a todas las armas, y no deteniéndose ni ante la guerra.

Señala que a los fundadores del marxismo les cabe el alto honor de haber dotado a la clase obrera con la “conciencia de las leyes objetivas de la historia”, convirtiendo así el socialismo de utopía en ciencia. Critica duramente a los filósofos y pensadores que hoy quieren transformar la ciencia en utopía, en beneficio del imperialismo, y con el fin de desorientar a las gentes.

Dice que el agnosticismo de Kant y Hume todavía respetaba los conceptos de lo verdadero y de lo falso; pero que los pensadores de hoy han introducido un concepto que no es lo verdadero ni lo falso, sino lo “verosímil”, con lo cual se pretende unir lo científico con lo milagroso. “Para el marxista no existen verdades absolutas y de última instancia, pero sí verdades claras y nítidas dentro de zonas de conocimiento ya dominadas. Y entre la relativización de la verdad, para situarla en sus circunstancias de lugar y tiempo, y la negación de la verdad, para convertirla en “verosimilitud” a la sombra del dogma religioso, hay la misma distancia que media, exactamente, entre la ciencia y la teología”. Frente a esa filosofía de la reacción, pesimista, desconcertada y entregada a la desesperación, que sólo ve que su mundo muere y no percibe el mundo que está naciendo, el marxismo mira a la realidad cara a cara, y señala al hombre cuál es el camino para transformar la naturaleza y la sociedad. La filosofía marxista es profundamente humana, optimista, creadora y revolucionaria.

Combate a quienes pretenden presentar el marxismo como negador de la patria. Por el contrario, señala que el marxismo es hoy el más firme defensor de los altos postulados de la soberanía nacional de los pueblos, frente a la consigna del llamado “cosmopolitismo”, que no es sino la renuncia vergonzante y desembozada a la independencia de las propias patrias, para dejar que éstas se conviertan en colonias económicas y bases de guerra de los dominadores.

Por último, el camarada Roces hace referencia a uno de los más altos valores humanos por los que vela el marxismo: el supremo bien de la paz, de una paz de cierre el paso a una guerra que traería consigo la destrucción de la humanidad.

No hay que dejarse llevar por la zozobra, ni hagamos caso a las amenazas con que pretenden atemorizarnos los filósofos de la capitulación. “Pongámonos en pie, como hombres, unidos a los cientos de millones de hombres constructores del mundo nuevo, para salvar los valores más altos del hombre, guiados por la filosofía de la lucha y de la victoria... La historia está en marcha... En el mundo de hoy, que ya no es el mundo de los príncipes ni de los señores feudales, que está dejando de ser el mundo de los grandes magnates, que es el mundo de las masas, la democracia auténtica de los pueblos y de los hombres, todos, hasta el más humilde, tenemos nuestra palabra que decir”.

Al terminar su brillante disertación, el camarada Roces fue largamente aplaudido por el numeroso auditorio, compuesto de destacados elementos universitarios y gran número de significados miembros de la emigración republicana española.



Boletín del Grupo de Trabajo
Herencias y perspectivas del marxismo

Número **37** · Noviembre 2022